

¿Leer?¹**Why reading?**

JOSE LUIS GARCÍA SÁNCHEZ

Director de Cine
España

¿Leer? La lectura. ¿Cómo empecé a leer? ¿Cuánto he leído? ¿Cuándo? Si hubiera sido analfabeto, ¿cómo habría transcurrido mi vida? Recuerdo mucho a un pastor que en mi infancia recitaba con gran emoción las poesías de José María Gabriel y Galán y al terminar su actuación suspiraba... ‘Si yo supiera leer...’

Supongo que lo que me piden es que cuente para Álabe mi experiencia personal con la lectura, pero la petición daba escalofrío. Me decían que escribiera ‘sobre tu experiencia con la lectura y todo lo que haya significado para tí a lo largo de la vida’. ¡Puf! ¿La lectura del proyecto de constitución en casa de Dolores Ibarruri ‘La Pasionaria’? ¿La lectura del libro de familia cuando me casé?... ¿La lectura del manual de instrucciones del primer ordenador?... Trataré de cumplir la orden de mi jefe, Ángel S. Harguindey: cuatro folios de testimonio personal, para los amigos de Almería. Allá va, lo siento.

Empecemos por el principio, el arranque de mi experiencia como lector. Pues no sé... probablemente empezaría a leer, como casi todos los niños de mi edad, a los tres o cuatro años. Leer era una actividad no muy agradable, cercana a lo mecánico... como el rezar, el respirar o el caminar. La lectura tenía algo de inconsciente y mucho de obligatorio; había que leer muchas veces en voz alta.

Es posible que en mi infancia cayera en mis manos algún texto placentero, pero no lo recuerdo. Mirar, sí. Miraba tebeos extraordinarios, llenos de aventuras, de viajes, de chistes, de información. Además, mirar y leer los diálogos de los tebeos, daba igual que fueran de risa o de aventuras, era algo que congregaba a la pandilla de amigos callejeros; los cambiábamos, los alquilábamos... Era una mercancía que llegaba desde Barcelona y Valencia. En el resto de España no se atrevían los editores, porque lo que ahora se llaman ‘comics’ eran la base de una actividad bastante poco seria, incluso perseguida y que solía

¹ Para citar este artículo: García Sánchez, José Luis (2013). ¿Leer? *Álabe* 7 [www.revistaalabe.com] (Recibido 04/05/2013; aceptado 28/05/2013)

acabar con la rotura, por parte de algún adulto responsable, de aquellas páginas llenas de ‘monos’. Pero la fantasía y la risa eran válvulas de escape para un mundo de braseros medio apagados, de sábanas húmedas, de hambre y botas con tachuelas para que no se desgastasen las suelas. La fantasía estaba muy vigilada.

Por la calle no era muy frecuente encontrar lectores. Había algunos individuos de aire pesados con un libro bajo el brazo, pero casi siempre eran opositores. Colegiales con carteras... Sacerdotes leyendo el breviario.

Cuando iba camino del colegio, en tranvía, de pie, se veía a algunos tipos que luchaban contra el traqueteo, el sudor y la tristeza, refugiándose en unos libritos que doblaban por la mitad y luego metían en el bolso trasero del uniforme de trabajo.

Literatura de kiosko, novelas en papel basto. Peripecias para un público preferentemente masculino retratando fantasiosos pistoleros del oeste americano o espías en Centroeuropa. Yo leí alguno de aquellos textos, previsibles, pero muy aptos para leer entre apretones... No requerían especial atención.

También había novelas femeninas: se trataba de historias románticas que glosaban con medias palabras sentimientos inconfesables. Igualmente eran productos de kiosko, pero su consumo era poco frecuente en público.

Los libros de venta callejera no eran considerados literatura. Se veía a la legua que aquello no era algo para presumir ni para guardar en estanterías. Poco a poco he ido amando y respetando aquellas publicaciones hoy desaparecidas como están desapareciendo los kioskos. He sabido que bastantes de aquellas páginas estaban escritas por gente perseguida. Escritores republicanos que se escondían en Barcelona con seudónimos y antifaces. Para hacer aquella literatura clandestina, todos eran como ‘El Coyote’. Algunos condenados de la guerra y otros condenados de la paz, como el gran Rafael Azcona, que tuvo que seudonomizarse para poder comer. Firmó como Jack O’Reilly varias novelas, al menos: ‘Amor, sangre y dólares’, ‘La hora del corazón’, ‘Siempre amanece’, ‘Quinta avenida’...

Bueno, hay que entender que estoy hablando de hace muchísimos años. No se puede decir, me parece, que en los años cuarenta del siglo pasado la sociedad española estuviera obsesionada por la literatura.

A lo que iba y perdón porque reitere el paisaje. Los adolescentes de la época no llevábamos otros libros bajo el brazo que los de texto. Nuestro espacio natural no eran las bibliotecas, sino los billares-futbolines. Conocimos antes el sabor del tabaco que el

de Pío Baroja. No eran los libros algo atractivo. Solían contener grandes dosis de amenazas. Amenazaban con el castigo, o al menos aleteaba a su alrededor el suspenso. Pero yo entonces no era consciente de nada de eso. Era un colegial con sabañones y calcetines comidos por las botas.

Una mañana me paré delante de un puesto –aquella España era una sociedad de puestos callejeros (puestos de melones, de pipas... de gente mutilada por una guerra de la que nadie hablaba). En el cajón ante el que me paré aquella mañana, además de engaños para el hambre –paloduz, chufas, altramuces...- había churretosos libritos usados. Entre ellos, me llamó la atención uno, muy barato, de la Enciclopedia ‘Pulga’, una birria, un volumen minúsculo, en precio y en todo. Y lo compré supongo que para emular a los adultos lectores de tranvía. Era una ridícula falsificación de libro. Pero calculé que para el trayecto que iba a hacer, desde la plaza de España al Paseo de Extremadura de Madrid, me daba el tiempo justo.

Aquello se llamaba ‘Cartel de ferias’ y parecía, por el colorista dibujo de la portada, algo relacionado con los toros... Figuraba al lado del título el nombre de un tal Ramón del Valle-Inclán, del que yo no había escuchado nada en mi vida. Tendría yo doce o trece años.

El tranvía se puso en marcha con un campaneó. Y abrí aquella miniatura. Ya los dos primeros renglones me alcanzaron. Y quedé herido hasta hoy. Quiero decir, que me asomé a la literatura.

Lo que allí estaba escrito no era ninguna descripción de ningún paisaje, ni ‘empuñó el revólver’. Ni ‘se dibujó una sonrisa’, ni ‘enunlugardelamancha’.

Estábamos acostumbrados a leer textos bañados por el halo de lo religioso... ángeles voladores, princesas virginales, niños preparados para el martirio... el modelo era el burrito Platero o el burrito Marcelino pan y vino. Bueno, pues vuelvo a mi tranvía, donde leí los primeros renglones del librito:

‘Solana ya no es Solana,
que es segundo Guasintón!
¡Tie recreo y toa la hostia
de una culta población’.

Aquello me conmovió profundamente. Era la primera vez que me veía frente a algo con aire de prohibido, de desconocido, de maldito. Decía ‘hostia’, pero no en sentido sagrado, sino como lo decían en Morille, mi pueblo de Salamanca. Una unidad de medida abstracta. Y al mismo tiempo había un casticismo que me resultaba cercano aunque no lo comprendiera.

Y me sumergí en aquel texto, un capítulo de 'Viva mi dueño' segunda parte del 'Ruedo Ibérico'. Aunque no conocía el significado de muchas de las palabras, aquello tan desconocido me sonaba a música celestial.

Cuando bajé del tranvía, ya me había infectado: me había convertido en lector. Empecé a partir de entonces a leer sin orden ni concierto algunos de los libros que había por mi casa: 'La Araucana', 'Greguerías', 'En torno al casticismo', 'Fuenteovejuna', 'La familia de Pascual Duarte'... Y de ahí me vino todo lo bueno y lo malo que me ha pasado en la vida: la lectura me hizo rojo, descreído, rebelde, me aficionó al humor, me inició en el camino de los placeres, me descubrió países y culturas lejanos... Hasta me acercó a imágenes que no se alcanzaban a ver en mi amado cine. Pero nunca, nunca, nunca me descolgué de Valle-Inclán. Luego he comprendido que es el más mágico de todos los autores, el más seductor, el más tramposo. O es el mío, mi punto de referencia. En aquella copla que leí en el tranvía estaba todo: el poeta, el dramaturgo, el aristocratizante, el populista. El desmitificador.

En resumen, que contraí la enfermedad incurable del valleinclanismo. La semana pasada, por ejemplo, alrededor de un plato de lentejas, me pasé la sobremesa discutiendo apasionadamente con varios amigos sobre quién era mejor dramaturgo, Jardiel Poncela o Valle-Inclán. A mi me fascina Jardiel, su sentido de la ironía, su transgresión de lo sentimental, su habilidad para hacer razonable lo inverosímil... pero de ahí a que lo confrontaran con Valle... Intolerable. En otra ocasión hubo una reyerta entre los partidarios de los 'Episodios Nacionales' y de 'El ruedo ibérico'. Montescos y Capuletos.

La vida me ha llevado a distinguir dos actividades como lector: una dedicada a hacerme cargo de lo que me rodea, a desentrañar entre las cartas que me envía Hacienda o los enrevesados editoriales de los periódicos... El cerebro se mantiene en alerta, con cuidado, no sea que haya un término de doble sentido... La lectura de mensajes... Lo que te envuelve se convierte en recetas muchas veces ilegibles, como las recetas de los médicos. Tengo observado el gesto de alivio que hace ahora el lector de un periódico al cerrar su última página.

Pero, ah, amigo... hay otra lectura. La del placer, frecuentemente solitario pero no insolidario... Descubrir un poema... O releer... Asomarte al mundo, viajar, desentrañar... Y no digamos ya si se trata de sumergirse una vez más en la literatura grande. Por ejemplo, la de don Ramón del Valle Inclán.

Ahora, cuando viajo en metro o en autobús con mi tarjeta de jubilado, veo a mujeres lectoras, cada día más, enfrascadas en la lectura confortable de volúmenes bien editados y jamás doblados por el lomo y me dan ganas de cambiárselos por 'Cartel de ferias', aquella joya que me abrió los ojos a la literatura grande.

En fin, ellas se envenenarán de otros autores. Porque la lectura es el más noble camino que tiene el ser humano para hacerse libre.